

IGNACIO MORENO

**LAS RATAS
DE BÖÖLUNJGEN**



Macleín *y* Parker

Primera edición
Septiembre de 2018

Del texto
© Ignacio Moreno, 2018
www.ignaciomorenoflores.com

De la portada
© Paqui Timoneda, 2018
www.awardrobeinspace.tumblr.com

De esta edición
© Macleín y Parker, 2018
Pasaje Lagunas de Ruidera, 6
41701 Dos Hermanas, Sevilla
www.macleinyparker.com

Edición y corrección
Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

Diseño de la colección y maquetación
Antonio Abad (Maclein y Parker)

Impresión
Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²
Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-949161-2-0
Depósito Legal: SE-1428-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Cuando comenzó esta historia no existías,
y cuando la terminé, había alguien más.
Gracias a ti. A las dos.*

Las personas más crueles
son siempre las sentimentales.

ERNEST HEMINGWAY



Aunque pueda parecer lo contrario, solo soy una persona normal. Si por mí fuera, tendría esposa e hijos. Una casa con jardín y piscina. Un par de vehículos familiares en los que salir juntos de vacaciones. Seguro dental, plan de jubilación, bonos de descuento. Vecinos a los que saludar al salir temprano y con los que hacer buenas barbacoas los domingos. Nada me gustaría más que volver a casa después del trabajo y encontrarme la comida en la mesa; los niños haciendo sus deberes; el perro se me acerca para que lo acaricie. Mi querida esposa sonriente que me da un beso en la mejilla. Zapatillas, sillón y noticias, y una copita para descansar la mente. Lo que nos gusta a todos. Sin embargo, la vida no es así. Los que nos dedicamos a esto no somos tan distintos de la gente ordinaria. Sin embargo, esta profesión es lo que conlleva. No puedes descuidarte ni un segundo. No puedes tener mujer ni familia. No puedes tener una vivienda estable, una dirección donde vengan a buscarte. Si dejas rastro (declaración de impuestos, facturas, abonos a la temporada de *baseball*) eres hombre muerto. Lo cual no quiere decir que lo hayas elegido. No crean que uno va por la calle y un buen día se

le ocurre ser un asesino. Lo normal es que empiece como casi todo en la vida, es decir, por la casualidad más pura, un arrebato, una pelea nocturna, un ataque de celos que se va de madre. Después, cada uno es libre de interpretar las cosas. A algunos se nos da bien y no nos pillan, y entonces vienen las preguntas: ¿valdré para esto, podría repetirlo, sería capaz de hacerlo durante toda la vida?

Sin embargo, ser un profesional no es tan fácil. No basta con tener las agallas, el coraje necesario para hundir el cuchillo en el estómago, rajar hasta que salgan las tripas y hacer que se desparramen por el suelo. O para seguir a tu víctima hasta el retrete y clavarle una navaja en la garganta y hacer que se desangre sin que nadie en el *pub* de mala muerte la eche de menos. Hay muchas formas de acabar con todo. Tres tiros, bang, bang, bang, y dejarlo ahí tirado con las sienes abiertas como si no hubiese respirado en su vida. Apuntar un punzón fino y afilado, con la precisión milimétrica de un ingeniero reparando una nave en órbita, a ese punto exacto de la nuca en el que sabes que se desplomará de golpe. Venenos radiactivos que tardarán meses en hacer efecto y que producen un final lento y doloroso. Aunque a ti no es que te importe que sufran. En realidad, no es asunto tuyo. El cliente manda. Los hay que exigen dolor, un dolor enorme, que la víctima en cuestión padezca hasta perder el sentido y cuando lo recobre que siga sufriendo, para ya, hijo de Satanás, te lo suplico, ten clemencia, y tú sigues dándole hasta que le revientan los ojos y el hígado. Otros no, justo lo contrario, el pobre es que me da pena, no puedo permitir que siga vivo, pero tampoco es plan de que se angustie, ¿eso puede hacerse?, claro que sí,

venenos, pastillas, asalto en su habitación mientras duerme, una bala explosiva en la boca. Y en otras ocasiones lo que quieren es que lo sepan. Darles un mensaje. Que van a morir y que no hay nada que pueda evitarlo. Su exmujer y sus hijos no le olvidan. Su socio en aquel negocio que montaron a medias y del que usted salió por piernas con los millones de marcos. La mujer con la que iba a tener aquel hijo y que dejó llorando y hecha un estropajo. Y entonces ellos (o ellas, que no es cuestión de discriminar a las damas) ponen esa mueca esperpéntica, por qué yo, no, no me lo merezco, te juro que no fui yo quien lo hizo, o igual sí, te lo reconozco, soy malo, malísimo, ¿no es mejor si lo arreglamos nosotros?, mira que te pago el doble, o el triple, todo lo que tengo en la cuenta, lo que me pidas, lo que haga falta. A mí, como profesional, me da igual, pero uno tiene que cumplir su deber. Que después se corre la voz de que anda vivo y coleando, y tu reputación se va a hacer gárgaras. Así que le das el último mensaje y presionas las teclas necesarias para que abandonen la vida y vayan al infierno, o a freír puñetas, o a dondequiera que sea que va la gente cuando la obligas a dejar este mundo. Total, que no es solo eso. No es tener la suficiente sangre fría, o caliente, como para hacer estas cosas. Ser un criminal, y no me refiero a uno cualquiera, sino a uno de verdad, un profesional, eso no es tan fácil. No es esa vida bucólica que pudiera parecer a primera vista.

Mi último encargo, por poner un ejemplo. Que en realidad no fue el último, mejor debía haber dicho penúltimo, pero no vamos a andarnos con esos melindres. Me dieron una foto, su dirección y un teléfono. Ni siquiera sabía si

era el de su casa, el de la oficina o el de su último amante. Me quedé mirando todos esos datos (menudo torrente de información) y le solté secamente: «Seis meses».

—¿Seis meses? ¿Tanto? —dijo mi interlocutor. Boquiabierto. Esto de boquiabierto es un decir. Normalmente no les ves la cara, ya saben, cuestión de intimidad.

—Si quiere puedo reducirlo a cuatro, pero no menos. Y eso le costará el doble, amigo. —A ver, ¿qué se creen, que esto es tan fácil?

—Bueno, bueno, seis meses está bien, de acuerdo. Pero —añadió, con voz temblorosa—, me asegura usted que... que...

—¡¿Que lo mato?! —grité—. ¿Que termino el trabajo? ¿Quién se cree que soy, un aficionado?

A los clientes hay que tratarlos con rudeza. No porque yo sea así, no se crean. Yo soy un tipo normal, sencillo, nada de brutalidades. Si aparento ser brusco es por la profesión. Es lo que conlleva. Cuando vas a la panadería te atienden con un cierto tono de voz: «Buenos días, ¿le pongo tres barras?». Si vas a una joyería te hablan distinto: «Mire usted, caballero, este reloj es maravilloso, corazón de titanio y no sé qué más chorradas». Tenía un amigo que se amaneraba cuando ponía un pie en su peluquería cuando en realidad tenía esposa, tres hijos y un par de amantes. Todas mujeres. La sonrisa de oreja a oreja o la seriedad del vendedor depende de varios factores. Pero sobre todo de uno: del precio de la mercancía que se venda. Cuanto más cara, más serios.

Mi profesión es muy seria. Posiblemente la que más, puesto que, salga bien o mal, el precio es la vida. La del

objetivo, es decir, a quien hay que matar, o la del profesional, en este caso, la mía. Ya he dicho que en mi último encargo (o penúltimo, según se mire) me dieron solo un puñado de datos. Demasiado pocos como para conocer bien al tipo. Aun así, fueron suficientes. Lo que ocurre es que no puedo llegar a esa dirección, esperar que me abran, decir oiga, es usted tal o cual, mirar la foto, ah, sí, es usted, venga aquí, pum, pum, y me largo. Si te van a matar, lo normal es que tengas enemigos. Las víctimas suelen sospechar del primero que pasa. Si mereces morir, no vas a abrirle la puerta a un desconocido que se te presenta. Lo más habitual es que intuyas, que supongas, que conjetures que alguien quiere hacerte daño. Y, en ese caso, sueles hacer una de estas dos cosas (o las dos): una, que pongas todo de tu parte para sentirte seguro, es decir, escondas una recortada en casa y la uses al primer indicio; o dos, tengas a alguien sobre aviso, las autoridades, unos guardaespaldas. Un profesional como yo no se acerca a la calle de la víctima, se posa tranquilamente en una esquina hasta que esta aparezca, lo sigue durante dos o tres días, y al cuarto le mete la cabeza en una bolsa de plástico hasta que no respira. Un profesional tiene que pensar que lo más probable es que lo estén esperando, ergo vigilando, ergo tienes que andarte con mil pares de ojos.

Se llamaba Richford y era de profesión informático. Ni puñetera idea de qué habría hecho para merecer que lo liquidaran. Esas cosas nosotros no las pensamos. Era un tipo normal, mediana edad, más o menos guapo, trabajo acomodado en una empresa de consultoría. No era rico ni parecía peligroso. Vivía en una calle corriente de un

barrio residencial cualquiera, un barrio con cierto estilo, poco más destacable. Me pasé tres semanas dando paseos por su calle, por la de enfrente, por las adyacentes. Varias tiendas y cafeterías, dos talleres, un supermercado. Entré en todos. Desayuné, almorcé y cené, en días alternos. No vi nada sospechoso. A la cuarta semana decidí seguir al tipo a su trabajo. A los dos días hicimos el camino inverso. Otro día más lo llamé y me hice pasar por un cliente. Eso fue un lunes, repetí el jueves. Cinco semanas y empecé a conocerlo.

No era una persona rara. Ni jugaba ni malgastaba el dinero ni usaba drogas ni se iba de putas. Tenía una especie de novieta que se trajinaba un par de veces por semana. Parecía enamorado, le compraba flores. Le hacía regalos e iban a cenar a sitios caros. Muy caros. Más de lo que debería según su barrio, su calle, su profesión, los cuarenta y cinco metros de su apartamento. Primer indicio: ganaba dinero. Y mucho. Segundo indicio: tenía tres rutas para ir a la oficina y cada mañana escogía una al azar. Me di cuenta a las seis semanas y lo confirmé al terminar el mes segundo. Una persona corriente tira siempre por el mismo camino, coge siempre el mismo autobús, camina por las mismas calles. Richford a veces salía de su casa y torcía a la izquierda, otras a la derecha. Al tercer mes añadió dos rutas, ya iban cinco. Siempre en transporte público, siempre en calles concurridas, nunca a horas en las que no hay nadie. Le pinché el teléfono. Pizzas, hamburguesas, tacos. Le gustaba la comida picante. Una noche me hice pasar por repartidor para verle la cara y olisquear el ambiente en su escalera. El repartidor de verdad todavía se estará preguntando qué

demonios hacía el tal Richford esperándolo en plena calle. Cogí la comida y subí, tele mierda, aquí tiene su bazofia, diez con quince, tenga, su propina. Desde el resquicio de la puerta entreabierta pude ver un apartamento austero, casi vacío, olores neutros. Pocas posesiones, poco que agarrar si fuese necesario salir corriendo.

No me gustaba. Algo huele a podrido en Dinamarca. Debajo de esa fachada tan normal, ese tío esconde algo. Concluí que no tenía a nadie trabajando. Me refiero a ningún guardaespaldas. Nadie me seguía, eso lo tenía por seguro. Uno que lleva en esto veinte años tiene ciertos instintos agudos. Podía envenenar su comida, pero no me fiaba. Subir a su piso una segunda vez, como repartidor, no era la mejor idea. Alguien podía verme en la escalera, o tener algún tipo de nanocámara que no se viera a simple vista, y un buen *software* de reconocimiento. Además, no me gusta el veneno, deja rastro. Los venenos son productos exóticos que no se compran en cualquier esquina. Tenía que ser algo rápido y limpio. Los tipos como yo somos famosos en ciertos círculos, llámese entre la policía. Seguramente me tienen fichado bajo alguno de los muchos nombres que he usado. Uno no está exento de errores. Un pelo, un trozo de uña, una gota de sangre. El ADN es el peor invento para los de mi calaña. Cualquier descuido, un vecino que me viera, un minuto más en terminar el trabajo, podía suponer el desastre. Para mí, claro. No, no me gustaba.

No podía pasarme tanto tiempo siguiéndolo, esperándolo en el barrio, sentado sin hacer nada en cualquier mesa de cualquier bar o cafetería. Los malos de verdad no somos

los de las películas, no usamos gabardina y sombrero, gafas de sol y periódicos enormes que nos tapan hasta las rodillas. Antes o después, alguien sospecha, un amigo, un vecino, o peor aún: un compinche. Así que me alejé unas semanas. Me fui a una ciudad vecina. Desaparecer por un tiempo no es solo una medida de seguridad, es también una cuestión práctica. Me trabajé un buen plan de huida: cinco pasaportes distintos, cinco rutas de escape, cinco sitios diferentes a los que salir pitando. Desde allí seguí vigilándolo. En la distancia. Al quinto mes tuve un golpe de suerte. Fue por casualidad, como pasan estas cosas. Resulta que el tío no estaba tan limpio. Había programado mi interceptor de nanoondas para que me grabara todas sus llamadas. Al pobre lo acribillaban con publicidad de la peor especie: canales de pago, tecnología radioesférica, coleccionables absurdos. También lo asediaban clientes. Quejas, reclamaciones y, peor aún, los más satisfechos, que son peores que los insatisfechos porque te piden más y más trabajo. Me pasé horas y horas de hastío oyendo encargos, datos técnicos, minucias que mejorar sin aumentar la minuta. Y miles de charlas inútiles con su familia. Entonces fue cuando ocurrió. Sencillamente llamó. Voz femenina, hola guapo, ¿qué tal?, ¿cómo te encuentras? Pues muy bien, encanto, ¿dónde andas? Cerca, muy cerca. ¿En tal sitio? No, no, no, frío, frío. ¿En tal otro? Na, na, na. ¿En la ciudad? Caliente. ¿Cuánto? Muy, muy caliente.

No era su novia. La hubiera reconocido de inmediato. La había escuchado tantas veces que habría sabido que era ella en el atasco de una ciudad en hora punta. Era otra tipa, y poseía una de esas voces que hacen que un hombre